



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Bonilla, Ángel; Larrea, Ana María

La ficción democrática: paradojas en las trincheras del poder

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 16, mayo, 2003, p. 0

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901603>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La ficción democrática: paradojas en las trincheras del poder

Ángel Bonilla y Ana María Larrea*

Cada momento histórico está revestido de su propia dinámica, de su propio tejido y resulta complejo en sí mismo. Cada momento es un continuo entre el pasado y el futuro: es condición del presente y se vuelve precondición del porvenir. El momento histórico actual está encuadrado entre dos hechos fundamentales: la recomposición del bloque dominante y la emergencia de nuevos sujetos políticos.

En un libro reciente, Immanuel Wallerstein (2001) ha argumentado que el moderno sistema-mundo está aproximándose a su fin, y que está entrando en una época de transición hacia un nuevo sistema histórico, cuyos perfiles no podemos conocer por adelantado, pero cuya estructura puede ser construida de manera activa.

En los últimos años parece notorio el agotamiento del modelo neoliberal. Sin embargo, como cualquier construcción histórica, revertir las políticas neoliberales constituye un proceso complejo que depende del reordenamiento de fuerzas políticas y sociales en un corto y mediano plazo. Significa, ante todo, la constitución de sujetos sociales con un programa contrahegemónico que modifique la correlación de fuerzas y construya un nuevo poder.

La emergencia del movimiento indígena, la llegada del Movimiento Pachakutik al “po-

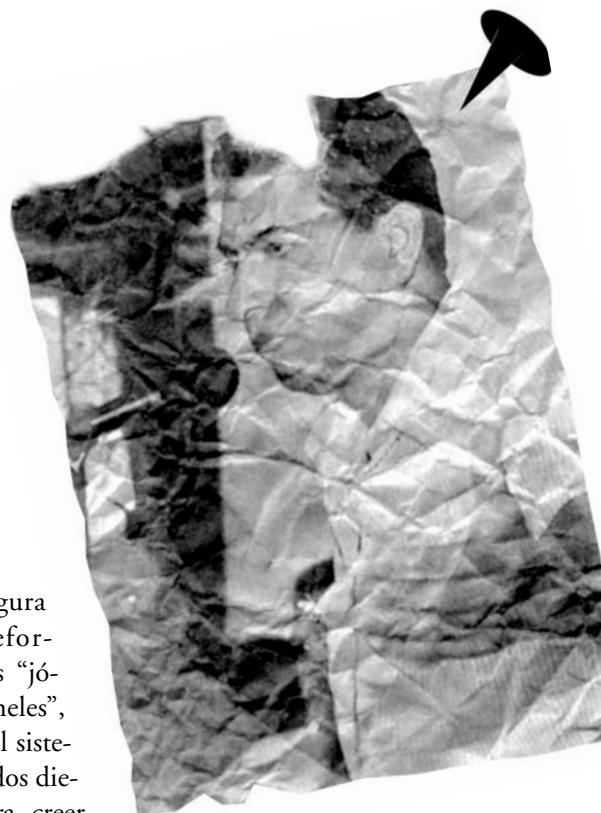
der”, la figura nacional-reformista de los “jóvenes coroneles”, la “crisis” del sistema de partidos dieron pie para creer que en Ecuador se vive un escenario de lucha social similar al de otros países de la región. En el imaginario de una sociedad desmovilizada se creó la “fuerza de lo indio” como estandarte de la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo.

En apenas dos meses de gobierno parecen escasas las posibilidades de generar cambios sociales desde dentro, con perspectivas de construir un modelo de transición. La política internacional impulsada por el régimen, los escándalos por corrupción, la adscripción acrítica al programa fondomonetarista, la proforma presupuestaria presentada al Congreso Nacional y las constantes prácticas populistas del nuevo presidente son algunas muestras de esta ficción.

Las veleidades de la victoria

La última contienda electoral da cuenta del profundo fraccionamiento social y político que vive Ecuador. Nueve de los doce candidatos a la presidencia de la República no son parte de los partidos políticos tradicionales y capitalizan

* Investigadores del Instituto de Estudios Ecuatorianos. Ángel Bonilla: iee6@iee.ecuanex.net.ec; Ana María Larrea: anamaría@iee.ecuanex.net.ec



el 60% de la votación. Los tres primeros puestos son para aquellos candidatos que construyeron su plataforma electoral basados en un discurso anti-partidos (Ortiz 2002:7).

En este contexto, cabe preguntarse sobre los alcances y el significado profundo del triunfo electoral de la alianza Sociedad Patriótica-Pachakutik en Ecuador. Un lugar común para explicar esta “victoria” ha sido situárla como resultado de la crisis del modelo de partidos¹, entendidos éstos como instancias de representación de la sociedad civil en el seno del sistema político ecuatoriano, y la búsqueda por parte de la sociedad de cambios profundos que impliquen una transición en el modelo de desarrollo vigente.

Aunque los movimientos sociales contribuyeron para el triunfo de la alianza, no creemos que se trate de la victoria de una tendencia de izquierda en el país. Por un lado, porque la candidatura de Gutiérrez aglutinó a una serie de tendencias bastante heterogéneas, con intereses y apuestas políticas también diversas, muchas de ellas con un fuerte corte populista, que con el devenir de los acontecimientos ha marcado gran parte del accionar del nuevo gobierno. Por otro lado, porque los movimientos sociales en general y el movimiento indígena en particular también están permeados por una serie de tendencias a su interior. Por último, porque no se puede desconocer el rol de algunos sectores de las Fuerzas Armadas en el triunfo electoral del actual presidente.

La izquierda ecuatoriana y las organizaciones populares han sido incapaces de levantar un programa político de transformación y, al cobijo de él, presentarse como una misma fuerza electoral. Sus representantes han constituido, en el mejor de los casos, votos protesta pero no han logrado articular una presencia claramente antineoliberal.

Los movimientos sociales (especialmente el movimiento indígena) se han insertado, sin beneficio de inventario, en la lucha de poder democrático bajo las reglas de juego diseñadas por los grupos dominantes y, dentro de ese escenario, han mantenido una regularidad política en los espacios locales que les ha permitido dar saltos cuantitativos dentro del sistema. Sin embargo, esa continuidad electoral no ha podido construir liderazgos nacionales con formación, que representen a todos los sectores subalternos de la sociedad y menos ha permitido construir un programa -o al menos una plataforma- político que los represente. “Esto significa que carecen del suficiente peso simbólico en la sociedad como para mantener un discurso autónomo que les permita disputar espacios a la hegemonía conservadora y diferenciarse, aún cuando deba actuar en conjunto, de la denominada centro-izquierda y los liderazgos de la rebeldía momentánea” (Ayala 2002:4).

De ahí que situemos el triunfo electoral como una consecuencia impensada del mismo sistema de partidos, gerenciada por los grupos de poder y no como producto de la lucha popular. No obstante, el triunfo de la alianza Sociedad Patriótica-Pachakutik expresa un nuevo momento en la irrupción, iniciada en la década pasada, del movimiento indígena a la esfera política ecuatoriana. La presencia del movimiento indígena y de los movimientos sociales en el Estado ha convulsionado a la sociedad ecuatoriana en la medida en que cuestiona las representaciones simbólicas del poder, pone al descubierto los profundos compartimientos racistas de diversos sectores de la sociedad y devela la realidad profunda de un país diverso, en el que grandes grupos poblacionales han sido excluidos durante siglos.

Por otra parte, esta nueva irrupción también ha puesto al descubierto las fortalezas, debilidades y tensiones al interior de los movimientos sociales y del movimiento político. Una de las grandes fortalezas de Pachakutik, que no ha sido lo suficientemente explotada frente a la opinión pública nacional, es sin duda el proceso colectivo de toma de decisio-

1 Hay que señalar, sin embargo, que si bien es evidente la crisis del sistema de partidos en las elecciones presidenciales, esto no se refleja en las elecciones parlamentarias, donde los partidos siguen jugando un rol predominante en las opciones del electorado.

nes y sus afanes democratizadores tanto al interior del movimiento como hacia la sociedad ecuatoriana. En efecto, Pachakutik es uno de los pocos movimientos políticos que no giran alrededor de un caudillo, que intenta expresar la diversidad social a su interior, pues no se trata del movimiento político de los indígenas, sino que pretende cobijar a un sinúmero de grupos sociales excluidos del quehacer económico, social y político del Ecuador. De ahí provienen las estrategias descentralizadas y democratizadoras del movimiento político, que han entrado en contradicción con las expresiones caudillistas y concentradoras de poder de Sociedad Patriótica.

Sin embargo, esta fortaleza del movimiento indígena cobija en sí misma una de sus principales debilidades. Se trata de la construcción de una base programática dentro de unas fuerzas sociales heterogéneas. El proceso electoral se enmarca en una coyuntura de profundas tensiones al interior de Pachakutik y entre el movimiento político y sus bases sociales. La estrategia política del movimiento de construir desde abajo una propuesta de país, se ve obligada por el triunfo electoral, poco previsto según nuestro criterio, a cambiar de escenarios y enfrentar la esfera nacional sin contar aún con una propuesta programática sólida. Esto no significa, sin embargo, la falta absoluta de un programa político. El salto demasiado apresurado hacia el gobierno ha demostrado la necesidad del movimiento de afinar sus planteamientos estratégicos de cambio social.

El movimiento ha tenido el mérito histórico de apostar sus fichas a la acción directa, de cuestionar a la institucionalidad del actual Estado de derecho, de detectar que el cambio social tiene que venir de abajo. Tiene también el mérito innegable de apostar a la conformación de un doble poder. Su programa persigue una “revolución democrática” en los marcos del capitalismo.

Por otra parte, el Estado ecuatoriano se ha caracterizado por una tendencia a la resolución del conflicto social bajo los términos de la salida “negociada”. Esto ha implicado no solo la permanente reconstitución de los gru-

pos de poder sino la disminución de la eficacia de los grupos subalternos en su afán de constituir espacios de transformación política efectiva. El movimiento indígena ha actuado constantemente en “función de la oferta política, institucional y simbólica del Estado” (Ramírez 2003:1). El resultante de ello ha sido una correlación donde las diferentes fuerzas sociales, incluidas las clases subalternas, se encuentran enfrentadas pero sin capacidad de imponer un programa político. En los últimos años, las dificultades del modelo neoliberal han girado alrededor de disputas por alcanzar la supremacía política dentro del bloque hegemónico y la resistencia intermitente de las clases subalternas organizadas.

Otro factor, no menos importante, para explicar la victoria electoral es la ineficacia de las tendencias hegemónicas regionales para unificarse en torno a un mismo “programa” electoral.

¿Qué perspectivas de acumulación de fuerzas tiene el movimiento social para generar una propuesta contrahegemónica a futuro? La lucha desde dentro y la estrategia de trincheras pueden ser una posibilidad interesante si son adecuadamente conducidas. Es indispensable generar la autonomía del movimiento social y del movimiento político.



La disputa programática

La Sociedad Patriótica, movimiento electoral formado a raíz de la insurgencia del 21 de enero de 2000, no cuenta con una base programática ni una estructura partidaria consolidada. Sus planteamientos se esbozan a la luz de la contienda electoral y giran alrededor de su caudillo, el Coronel Gutiérrez, actual presidente del país.

Al no lograr una alianza amplia del centro izquierda, los contenidos programáticos de Sociedad Patriótica–Pachakutik quedan en manos de su candidato presidencial y de propuestas construidas desde Pachakutik y los movimientos sociales. Estas dos vertientes entran en una disputa que se evidencia en la segunda vuelta electoral y que se ha profundizado durante los dos primeros meses de gobierno.

El nombramiento del nuevo gabinete mostró claramente esta disputa cruzada por múltiples presiones. Por una parte, al interior de Sociedad Patriótica los militares, ex-militares, parientes y amigos del Coronel, por otro lado las fuerzas sociales y políticas que apoyaron la candidatura de Gutiérrez y, finalmente, los sectores económicos de la sierra que requerían participar en el régimen.

La conformación de un gabinete plural y democrático en el que están representados varios sectores de la sociedad parecía ser una fortaleza del gobierno y una oportunidad para los movimientos sociales de incidencia directa en las políticas gubernamentales. El acuerdo para resolver las múltiples tensiones al interior del gobierno fue la co-participación ministerial entre Pachakutik y Sociedad Patriótica entre ministerios y subsecretarías. Esta estrategia podía ser válida si se contaba con un acuerdo programático mínimo, desde el cual se pudieran fortalecer las complejas relaciones entre las dos tendencias gubernamentales. Si la base programática está en disputa, se evidencia la dificultad de generar políticas de cambio social, cuando cada mínima acción emprendida está sujeta a múltiples negociaciones incluso al interior de cada ministerio.

Por otra parte, es necesario preguntarse si la participación ministerial de los movimientos sociales implica una verdadera posición de poder. En efecto, el poder está cada vez más centralizado en el presidente y su grupo de aliados más cercanos. Pese a que Pachakutik encabeza 4 ministerios y cuenta con varias subsecretarías, es evidente que su poder de decisión dentro del gobierno es mínimo. Las grandes decisiones se toman por fuera de los planteamientos promovidos y defendidos por

Pachakutik durante años. Los casos más ilustradores en este sentido han sido la implementación del programa fondomonetarista y el vaciamiento de poder del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde los temas fundamentales, como la relación con el gobierno norteamericano y el ALCA, han sido transferidos a otras instancias.

La estrategia de trinchera ha sido una práctica de los indígenas durante siglos, que en 1995, con la conformación del Movimiento Pachakutik, se expresó en la decisión de acceder a los poderes locales y desde allí ir construyendo su base programática y política. En la actual coyuntura esta estrategia se repite: plantear reformas “posibles” desde cada espacio de gobierno.

La primera pregunta que cabe hacerse es si efectivamente estas reformas son posibles dado que los movimientos sociales a más de no contar con poder real dentro del régimen, han perdido gran parte del poder que han ido acumulando durante décadas a través de la lucha social organizada. Por otra parte, cuando se dan contextos favorables para plantear reformas “posibles” y de gran importancia para la sociedad ecuatoriana, se pierden estas oportunidades, como se demostró hace poco en el Ministerio de Educación frente al caso de los embarazos de adolescentes. Con todo el apoyo de la opinión pública, era el momento oportuno de implementar una sanción ejemplarizadora a las autoridades de las instituciones educativas que han ejercido prácticas discriminatorias con las adolescentes mujeres.

Una segunda pregunta, y quizás la fundamental, tiene que ver con la pertinencia de agruparse en las trincheras cuando las políticas macro y el modelo vigente de desarrollo en el país se construyen en otros ámbitos. En efecto, la participación de Pachakutik y el MPD en el régimen ha avalizado y consolidado el proyecto neoliberal en marcha, pues el actual gobierno, pese a su debilidad², no en-

2 No hay que olvidar que Gutiérrez en la primera vuelta alcanza apenas un 20% de votos válidos y en la segunda un efímero 55%, “siendo el candidato ganador que menor votación ha tenido en la segunda ronda desde el 79” (Ortiz 2002:19).

frenta una oposición organizada que pueda detener en alguna medida el programa fondo-monetarista. Una estrategia de trincheras efectiva supone una acumulación real de poder y la construcción de sujetos sociales críticos que lleven adelante un proyecto contrahegemónico. No obstante, los acontecimientos vividos durante los primeros meses de gobierno dan cuenta de los riesgos de pérdida de horizonte político, pues los movimientos sociales han caído en la trampa tendida por el mismo poder y la democracia procedural.

Estado, sociedad civil y sistema político

Uno de los problemas más significativos de la democracia ecuatoriana es la falta de autonomía entre estado, sociedad civil y sistema político. Estas tres esferas se entrecruzan y mezclan, debido en gran parte a que los procesos y el modelo de desarrollo del país no son endógenos. Touraine, en su estudio sobre la democracia, analiza los problemas generados por esta falta de autonomía, señalando el riesgo de creación de un orden político-jurídico que reproduce los intereses económicos dominantes. Para el autor, en este caso, la democracia no tiene lugar (Touraine 2000:64-65).

La falta de límites entre la CONAIE y el movimiento Pachakutik presente desde la misma conformación del movimiento político se ha tornado cada vez más explícita en los últimos meses, trayendo varios riesgos consigo. El primero, la pérdida de autonomía de la CONAIE frente al régimen, provocando una pérdida de legitimidad del movimiento social frente a sus bases y frente a la sociedad ecuatoriana y coartando las posibilidades de contar con una resistencia organizada. El segundo, el vaciamiento de las organizaciones sociales y los debilitamientos profundos que se expresan en las esferas regionales y locales.

Las últimas resoluciones de la CONAIE constituyen una apuesta por enfrentar este problema. No obstante, los vínculos Pachakutik–CONAIE “son más complejos, profundos y se soportan en difusas y elaboradas formas de

control y contrapeso que no permitirían su muto (y rápido) desanclaje” (Ramírez 2003:1).

Negociación y confrontación

En esta coyuntura, cabe preguntarse qué perspectivas de acumulación de fuerzas tiene el movimiento social a futuro para generar una propuesta contrahegemónica. Los movimientos sociales tienen una responsabilidad histórica con el país. La lucha desde dentro y la estrategia de trincheras pueden ser una posibilidad interesante si son adecuadamente conducidas. Sin embargo, es indispensable generar la autonomía del movimiento social y del movimiento político, con una doble estrategia: negociación y confrontación abierta. Franklin Ramírez (2003) propone la figura de “gobernar resistiendo y resistir gobernando”:

“Resistir gobernando desde *las* políticas –y no ya, por ahora, desde *la* política-, y gobernar resistiendo desde una específica orientación de las políticas agrícolas, educativas, ambientales, turísticas, diplomáticas, desde los diálogos y la resolución democrática de los conflictos, permitiría no solo evidenciar públicamente el choque de orientaciones políticas divergentes al interior del ejecutivo sino, además, profundizar el proceso de aprendizaje, ampliar los tiempos y mecanismos para el fortalecimiento del campo social del movimiento y, desde allí, reconstruir su vocación hegemónica en *la* política nacional”.

Marzo 2003.

Bibliografía

- Ayala, Gustavo, 2002, “Ecuador después de las elecciones presidenciales”, en *Rebelión*, Edición digital, noviembre.
- Ortiz, Santiago, 2002, “Pistas para analizar la coyuntura”, mimeo, Quito.
- Ramírez, Franklin, 2003, “¿Gobernar y resistir? Sobre Pachakutik y los movimientos en el poder”, mimeo, Quito.
- Touraine, Alain, 2000, *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Wallerstein, Immanuel, 2001, *The End of the World as we Know It: Social Science for the Twenty-First Century*, University of Minnesota Press, Minnesota.